



LOS AVATARES EN LA RELACION / IDENTIFICACION MADRE-HIJA. LA ADOLESCENCIA.

LA ADOLESCENCIA. La nueva recitación de la feminidad: aprendiendo definitivamente a ser mujer.

Asunción González de Chávez
Psicóloga. Universidad de las Palmas de GC

1.1. La separación de la madre y/o de su modelo de feminidad.

“La relación madre-hija está contenida y brota en la relación hija-madre y en la relación de esta última con la suya propia (la cadena) y con la cultura dominante falocrática” (Paparatti Flamani 1979, pág. 127).

“En el mundo secreto de madres e hijas tienen lugar, en medio de silencios, incestos no consumados; y violencias, venganzas, sojuzgamientos; y demandas y entregas de amor...” (Lilli 1978, pág. 122).

“Al llegar a la adolescencia... le requiere un nuevo trabajo a su aparato psíquico: el de otorgar nuevas significaciones a sus vínculos identificatorios con su madre, para otorgar nuevos sentidos a la diferencia entre los sexos, y a su orientación hacia el hombre” (Burín 1987, pág. 107).

En los años setenta y principios de los ochenta tiene lugar (fuera de España) una gran proliferación de estudios sobre la relación madre-hija, por dos motivos fundamentales.

Por una parte, la nueva situación social de las mujeres-madres incorporadas al mundo del trabajo asalariado, generadora de cambios en la estructura y, sobre todo, en la ideología familiar, comenzó a modificar la imagen femenina tradicional y con ella el vínculo fundamental sobre el que se asentaba, es decir, la relación madre-hija.

Por otra, el desarrollo del movimiento de liberación de la mujer en los países occidentales, que comportó la profundización en todos aquellos aspectos que incidían y circunscribían la opresión femenina, dio una especial preponderancia, en algunos países, al análisis del mundo afectivo e interno (lo privado, lo inconsciente...) considerado como un sustrato básico en que se apoyaba el sistema patriarcal.

En este contexto, el análisis de la relación madre-hija adquirió en esos años una importancia fundamental. Las diversas investigaciones se centraron en las características tradicionales de esta relación y/o en los cambios que se estaban produciendo en las jóvenes, el papel de la madre en ellos y la consiguiente conformación de la identidad de las mujeres. De modo especial, la identificación con la madre, la separación de ésta y/o del modelo por ella representado, las vicisitudes de la relación en la vida adulta constituyeron otros tantos temas de estudio que aún hoy mantienen todo su interés y su vigencia¹.

La referencia a los trabajos y temas pioneros de esos años es fundamental, ya que tantas cuestiones permanecen álgidas en las jóvenes de hoy, sea porque tantas madres mantienen el rol tradicional de amas de casa, sea porque, aún siendo muchas asalariadas y habiendo cambiado tantos aspectos en la situación social de las mujeres, sin embargo, en el

¹ Dixit y Mathur 1973; Stein 1973; Gottsegen & Grasso 1973; Allen Bruce 1974; Miller 1975; Simmons & Turner 1976; Allen 1976; Baruch 1976; Touliatos & Lindholm 1977; Loriga 1977; Del Vento Bielby 1978; Kelly & Boutilier 1978; Pancino 1978; Grasso 1979; Fraire 1979; De Fronzo & Boudreau 1979.



ámbito de la familia, las condiciones y valores anteriores continúan sin modificarse totalmente, manteniéndose, por tanto, las consiguientes contradicciones y conflictos en las hijas.

Para dar luz a toda la problemática emergente se analizaron diversas variables en el estudio de las condiciones que permiten a las hijas el desarrollo de una mayor autoestima, capacidad autoafirmativa, una identidad independiente..., características consideradas en los setenta y aún hoy como “masculinas”.

Las contradicciones entre el modelo materno y los nuevos valores y nuevos modelos de feminidad creaban/crean con frecuencia ambivalencia y conflictos en las hijas, muchas veces divididas entre sus deseos de adquirir un status de mujer “moderna” y la “fidelidad” a la madre.

Por el contrario, la adopción por parte de la madre de nuevos roles y/o actitudes ha contribuido a producir cambios, mucho menos conflictuados, en la identidad de las hijas, si bien las peculiaridades en la relación emocional entre ambas juega un papel primordial.

De todos los estudios realizados emerge una conclusión fundamental: el modelo de feminidad transmitido por la madre y el tipo de relación mantenido con ella configuran, de modo esencial, la feminidad de la hija... “Aprendemos de nuestras madres cómo ser mujeres. Ellas nos enseñan, consciente e inconscientemente, qué son las mujeres” (Arcana 1979, pág. 35).

Y, simultáneamente a este aprendizaje, se “aprehende” la posición de la mujer en relación a los hombres; los comportamientos adecuados al ideal de feminidad -de ellos-; un determinado ejercicio de la maternidad; el modo de vivenciar el propio cuerpo; en definitiva, las bases fundamentales de la estructura psíquica femenina: “...lo que sería inconscientemente transmitido de madre a hija, a través de las generaciones, sería la represión de los impulsos sádico-anales, con la consiguiente idealización del varón, dificultad en la libre expresión de la sexualidad y en la realización de sí misma en los campos de la cultura y lo social” (Ferraro & Nunziante-Cesaro 1985, pág. 58).

Nos referiremos detenidamente a cada uno de estas cuestiones, aunque no nos centraremos en los procesos emocionales e intrapsíquicos sino, sobre todo, en el modo en que se retransmite la ideología y/o los modelos socio-culturales sobre las mujeres y la feminidad a través de la relación madre-hija.

Diversas autoras analizan la apercepción que las hijas hacen del status del hombre, a partir de sus vivencias en torno a los comportamientos de la madre respecto al marido. Muchas hijas recuerdan con rabia la permanente sumisión de sus madres en relación al padre, y la constatación de que, en muchas ocasiones, éstas eran solo las mediadoras de la autoridad paterna. Se destaca, sin embargo, la enorme frecuencia de lo que se ha dado en llamar “padre ausente”, ya que una gran mayoría de jóvenes aluden a la ausencia física y/o psicológica de los padres en la familia. Frustración/decepción e idealización/esperanza constituyen los polos entre los que oscilan los sentimientos y actitudes de las hijas respecto al padre:

“El padre. Cuando no es una desilusión absoluta para la hija (porque no ha estado, porque se ha ido, porque no se ha ocupado nunca de los pensamientos y del corazón de la hija), es una esperanza absoluta...” (Mori 1992, pág. 5).

En cualquier caso, son percibidos, generalmente, como detentadores del poder en última instancia... “Y esto sucede aún si en las situaciones concretas es la madre quien gestiona la relación de autoridad con los hijos, quien niega y concede permisos, quien controla y quien castiga” (Pancino 1978, pág. 28).



En efecto, paradójicamente, la mayoría de los padres delegan en las madres la administración de los castigos y también son ellas quienes presentan a los hijos la imagen poderosa de un padre al que se debe siempre respetar y satisfacer. La posición privilegiada (el narcisismo...) del padre, es decir, de los hombres, es, de este modo, sustentada, apuntalada y protegida por las madres, quienes retransmiten a sus hijas los deberes femeninos en torno a ellos: el respeto a su poder, "su" derecho al descanso, al ocio, a ser servidos y atendidos...

Y, de modo significativo, un elevado porcentaje de mujeres revelan su preferencia por el padre, aún en los casos en que éste es una figura ausente. Sus comportamientos habituales no son juzgados con la misma dureza con que se acusa a las madres: El puede ser más fácilmente justificado, si no en sus "excesos" (de autoritarismo, de violencia...) si, al menos, en sus deficiencias (de presencia, de participación...). Las madres, por su parte, no suelen criticarlo abiertamente o en su presencia, apuntalando así la superioridad paterna.

Por otra parte, a los padres tampoco les es necesaria una muestra abierta de autoridad y, según confiesan las hijas, una simple mirada paterna puede ser más efectiva que los múltiples y cotidianos recursos (gritos, castigos...) maternos. El siguiente texto de Mori describe de un modo muy bello y expresivo esta paradoja:

"El padre, ausente por distracción, egoísmo, o impotencia emocional, tiene en cualquier caso derecho al mito; la madre, condenada a estar siempre presente en la cotidianeidad concreta, no logra devenir mito, sobre todo para la hija, que se refleja en ella. La madre es «las cosas»: la leche, la comida, la sangre, y luego la ropa, la casa, el cuerpo, la salud física" (Mori 1992, pág. 6)

Así pues, el papel ingrato les corresponde habitualmente a las madres, quienes, cuando se sienten impotentes, acuden al padre como reforzador de su autoridad, lo que a algunos hombres les gratifica, pero otros lo viven como una obligación coartadora de un vínculo más afectivo con los hijos. En cualquier caso, es evidente que el lugar y la función paterna en la familia viene marcada por el deseo y la actitud materna respecto a él.

Así, en la misma medida que se percibe el status del padre, se aprehende la posición de la madre respecto a éste, y en función de ello, generalmente la desvalorización de las mujeres en relación a los hombres. Este "aprendizaje", que tiene además consecuencias intrapsíquicas importantes en los procesos inconscientes de identificación y en la posterior elección amorosa, permanece constante en nuestros días, constituyendo una de las vías sutiles por las que se retransmite el enaltecimiento del varón y la autodevaluación femenina. Debold y otras (1993) aluden a esta importante cuestión:

"Cuando empieza a enfrentarse con la perspectiva de convertirse en una mujer, la niña capta otro orden de poder en su vida, la falta de autoridad relativa de su madre con respecto a su padre... ...a pesar de lo poco que su padre se ocupa de las cosas de cada día, él es el que manda cuando está en casa... Al mismo tiempo que la niña se da cuenta de que su posición es inferior, se ve forzada a reconsiderar la valoración que ha hecho de su madre. La mujer que una vez vio como todopoderosa, le parece ahora débil y subordinada" (pág. 71).

En determinados tipos de familia, los padres han "abdicado" del rol de autoridad respecto a los hijos y ésta es detentada en exclusiva por la madre. Ello se corresponde con tipos de parejas "atípicas", en los que la figura paterna es/está desvalorizada, sea por causas socio-culturales, sea por las características psíquicas de ambos padres. En tales casos, las hijas pueden percibir a sus padres como débiles y, en consecuencia, vivirlos con rencor, o, por el contrario, mantener una alianza "solidaria" con ellos, que enmascara la rabia ante la pasividad paterna y su incapacidad para protegerla y defenderla frente a la



madre. Los mecanismos internos de esta alianza y apoyo son los que sustentan al prototipo de hijas que hacen las funciones de “prótesis” paterna en la infancia y/o, sobre todo, en la vida adulta, función que prolongan a menudo posteriormente en sus relaciones de pareja.

La idealización de los padres, de los hombres en general (“el príncipe azul” salvador) es reflejada y reforzada en los cuentos de hadas, pues, en ellos, solamente las madrastras y las brujas -las madres malas- cometen las “maldades” respecto a las hijas, mientras los padres no intervienen en ellas, pero tampoco las evitan... Además, siempre es realizada la competencia de las mujeres en relación al padre, cuando también, con frecuencia, en la realidad se compite con éste o con los hermanos y hermanas por la atención de la madre. La rivalidad, la perfidia, queda circunscrita al mundo femenino y la figura del padre aparece lejana, desdibujada y carente de toda responsabilidad.

La figura masculina aparece luego idealizada en la imagen del príncipe, interpretado en términos psicoanalíticos como el hombre-padre necesario para romper la vinculación madre-hija, rescatándola del mundo de las mujeres...

Naturalmente, como apunta Grasso, tampoco la madre “mala” aparece claramente reflejada sino bajo esas figuras sustitutivas “porque la censura sobre la agresividad materna es siempre muy fuerte” (1977, pág. 86). Los aspectos negativos vividos en relación a la madre deben ser, por tanto, desplazados en los cuentos sobre esas imágenes denostadas, las madrastras y brujas, que aglutinan en sí todas las características negativas de las madres (desamor, agresividad, rechazo, rivalidad, abusos de poder, maltrato, control, hiperexigencias, represión, censura, desvalorización...)

Si bien puede objetarse que tales narraciones remiten a la situación edípica, es preciso señalar, sin embargo, que la relación madre-hija no queda solamente circunscrita al terreno de la rivalidad por el amor del padre, sino que abarca dinámicas más complejas que reenvían, por una parte, a vivencias y temores mucho más arcaicos y, por otra, al modo en que se concretiza la relación entre madres e hijas -entre mujeres- en un mundo dominado por la Ley del Padre, del Hombre. Y, más concretamente, las características que según los teóricos de la psique debe asumir la separación de la madre están impregnadas de la (no) valoración de lo materno y lo femenino en nuestra cultura, ya que la oposición a la madre, en un momento dado, para conseguir una identidad propia y separada, no necesariamente debería conllevar una cercenación/devaluación posterior y permanente de todo lo femenino, generándose, en consecuencia, identidades amputadas.

Por otra parte, las dificultades en la relación madre-hija deben retrotraerse al modo en que ésta se inscribe en el Deseo materno, que históricamente ha venido marcado por una mayor ambivalencia hacia la hija en relación al hijo varón, tal como el propio Freud y toda la literatura psicoanalítica posterior ha señalado abundantemente y todas las investigaciones a que se está aludiendo en este trabajo confirman. Dicha ambivalencia remite no solo a una mayor relación carencial desde los primeros momentos de la vida, que derivará en la problemática del narcisismo en las mujeres, sino también a mayores componentes negativos en fases posteriores (de hipercontrol y demandas) que redundarán en las dificultades de las mujeres para separarse de la madre y adquirir una identidad autónoma.

Otro aspecto que las madres retransmiten a las hijas y que también está vinculado a su modo de colocarse frente a los hombres, es el que atañe a la vivencia del cuerpo y los cuidados corporales. Si en la infancia se ha ejercido una mayor coerción sobre sus movimientos y sus posturas corporales, en la adolescencia comienza a transmitirse, sobre todo, la “tecnología de la belleza”, (las ropas ajustadas, los tacones, las depilaciones, la cosmética...), es decir, la preparación para competir con las demás mujeres en el “mercado del sexo”: seducir al hombre, ser el objeto de su deseo.



Si bien se ha señalado con frecuencia que es éste uno de los momentos más álgidos de rivalidad, especialmente por parte de la madre, que puede acercarse o estar ya en su propia decadencia estética y/o procreativa (la menopausia), habitualmente es precisamente la madre quien adentra a la hija en los “secretos” femeninos para convertirse en una mujer deseable.

La función materna, en este caso, es muy fácil porque está apoyada por toda la publicidad de la industria de la imagen y porque está destinada a unos cuerpos ya acostumbrados a las coerciones y en los que se depositan todas las ansiedades de tipo narcisístico que, en el caso femenino, como sabemos, están muy acentuadas. En efecto, las mujeres se muestran siempre descontentas de alguna parte o de la totalidad de sus cuerpos, y, como señala Friday (1977, pág. 126), en ellas “siempre hay algo que debe cambiar”. Y añade esta misma autora:

“La industria de la moda y los cosméticos no fue la instauradora de la insatisfacción que nuestros cuerpos nos producen. El comercio, simplemente, opera sobre una ya asimilada inseguridad, poniendo el signo del dólar frente a la esperanza de hallar por nuestra parte cualquier día algo que nos haga oler, saber y sentir bien a nosotras mismas” (pág. 128).

Se (nos) pregunta Friday a continuación las motivaciones por las que las mujeres gasten tanto dinero en ropa y productos de belleza e inviertan tanto tiempo en cuidados corporales. Y responde: “Porque no podemos creer que haya alguien que nos quiera tal cual somos” (pág. 128).

Desde otra perspectiva -la psicoanalítica- pueden analizarse las “máscaras” femeninas con significados diversos: como un afán de perfección, consecuencia de un Ideal del yo muy elevado; como un intento de adecuarse a ser ese ideal-objeto de deseo (falo) para el hombre; como una expresión de la falicidad (narcisización) de la totalidad del cuerpo femenino (en contraposición a la del pene masculino); como una manifestación de la rivalidad entre las mujeres...

Sin embargo, ninguna de estas interpretaciones permite eludir la contextualización de este hecho en el marco específico de las relaciones hombre-mujer en una sociedad en que priman los valores masculinos y en el que la posición femenina ha quedado circunscrita, durante milenios, a ser el objeto del deseo masculino (y a ser la procreadora de los hijos de él).

El culto a la belleza corporal femenina, que los hombres han instaurado y las mujeres han abrazado como suturación narcisista de su “castración”, se ha convertido para ellas en el precio a pagar para poder ser deseadas en el mercado sexual, al carecer de cualquier otra moneda de intercambio. La conquista (en otros tiempos y/o lugares, la compra...) de la mujer bella, es, para el conquistador, motivo de orgullo narcisista. Y de este modo, el tan mentado narcisismo femenino (la autocomplacencia de su cuerpo) acaba estando, paradójicamente, al servicio del narcisismo masculino.

Pero esta perspectiva de análisis no suele ser llevada a cabo por los psicoanalistas, quienes suelen obviar el coste de las múltiples renunciadas que las mujeres han de hacer para cumplir con la “mascarada”. Máscaras, físicas en este caso, en que las propias madres suelen instruir a sus hijas, junto a todo el cortejo de comportamientos adecuados para que una jovencita sea “matrimoniable”.

Otra de las máscaras que las madres han endosado y, como tales, retransmiten inconscientemente a las hijas, es la negación de las vivencias negativas de su rol materno. Difícilmente las madres pueden expresar una imagen “real” de la maternidad, constreñidas



como están a representar ante todos solo un papel de Madres plenamente satisfechas en su papel.

Como señala Arcana (1979, pág. 37): “Las madres mienten cuando describen sus vidas a las chicas, a las mujeres más jóvenes, a las hijas. Parece como si los roles que desarrollan es cuanto ellas habían aspirado; actúan y hablan como si la constricción del matrimonio y la maternidad es lo que ellas habían soñado alcanzar cuando crecieron”.

Las inseguridades, ansiedades, iras, renunciadas y frustraciones no suelen ser verbalizadas como tales, sino expresadas por las vías de la comunicación paraverbal, las censuras y restricciones, las quejas sutiles, las manipulaciones... que comunican subliminalmente un mensaje de insatisfacción e ira contenida, que es recibido de modo inconsciente por las hijas. Y, en la infancia, también es expresada a través de los castigos corporales: un 70% de las mujeres entrevistadas por Arcana reconocen que sus madres les pegaban. Y añade, comentando también las aportaciones de Rich (1976) en torno al tema, que la violencia que las madres descargan sobre las hijas... “...es un producto de la frustración, dolor, rabia y desesperación que la institución contemporánea de la maternidad crea y luego ellas tratan de reprimir” (1979, pág. 92).

Redundando en la misma cuestión, otras autoras (Grasso 1977; Mori 1992) señalan que la maternidad ha representado siempre para las mujeres una sustracción, ya que el ser madre, el amor materno, han estado incompatibilizados con el trabajo externo, la creatividad cultural y científica, los propios deseos, un tiempo y un espacio para sí..., y se puntualiza que, por tanto, mientras la mujer viva una situación de opresión no podrá existir una maternidad libre de implicaciones hostiles y destructivas.

Por ello, aunque no esté mediado por las palabras y la comunicación expresa materna, diversas investigaciones señalan que las hijas han percibido que el modelo de vida de la madre es a NO repetir. Las hijas confiesan, en efecto, que no quieren vivir una vida semejante a la de la madre y, en muchos casos, tampoco desean parecerse a ella. Rich (1976) define con el nombre de “matrofobia” este miedo general de las hijas a ser como la propia madre o a repetir su modelo de vida. Esta conocida expresión de hace 20 años sigue viva aún hoy: “La matrofobia es como una falla geológica entre generaciones de mujeres” (Debold & Wilson Malavé 1993, pág. 55) y “El sentimiento de culpabilidad acompaña siempre a la matrofobia” (Hidalgo 1995, pág.104), pues las jóvenes actuales, como las de hace veinte años, sienten deseos (conscientes o inconscientes) de vivir una existencia diferente a las de sus madres, sea porque éstas han desarrollado solo el rol de ama de casa, sea porque las han vivido asumiendo casi todas las responsabilidades domésticas y familiares cuando tenían también un trabajo asalariado. En cualquier caso, no las han vivido como personas cuyas características y/o cuya vida quieran imitar.

En este sentido, Arcana (1979, pág. 70) señalaba que, aún cuando las hijas amen y admiren a sus madres, han aprendido a través de ellas que “ser mujer no es importante o valorable”. Sobre todo, han aprendido también que a las mujeres les compete asumir todas las tareas onerosas y desvalorizadas socialmente, entre ellas de modo fundamental el trabajo doméstico y las tareas de cuidado y servicio.

De modo paradójico, pues, la transmisión de los valores que normativizan las obligaciones materno-femeninas acaba siendo transmitidas a través del vínculo materno-filial, pues tantas hijas, cuando ellas mismas devienen madres, suelen constatar, con gran estupor y disgusto, que de modo inconsciente acaban repitiendo muchos de los comportamientos maternos que tan intensamente rechazaron. Como afirmaba Grasso (1977), cuando una mujer deviene madre de otra mujer tenderá a ejercitar los mismos mecanismos a los que fue sometida por la propia madre.



La ambivalencia preside, pues, la relación hija-madre, y a la inversa. Los múltiples conflictos que caracterizan esta relación dificultan todo proceso de distanciamiento, sea de la persona de la madre, sea del modelo de mujer por ella representado. La situación se halla actualmente aún más agudizada, pues, como señalaba Friedman ya en 1980: "...los problemas en esta interacción entre madres e hijas han sido intensificados (o visto más claramente) por los roles cambiantes de las mujeres hoy" (pág. 91).

Esta crisis de identidad que se vive más intensamente en la adolescencia, se ha prolongado, para muchas mujeres, mucho más allá de ésta. La ausencia de una identidad femenina previa, que había generado la adecuación de sus identificaciones a los modelos propuestos por el deseo masculino, ha llevado a una búsqueda de nuevas formas de expresión de los propios deseos y necesidades.

En este sentido, si anteriormente la identificación de una hija con su madre le procuraba una cierta continuidad y estabilidad a lo largo de su vida, en la actualidad las jóvenes y las "nuevas" mujeres se hallan en una situación más precaria, porque buscan una autodefinición que difiere significativamente de la de sus madres, si éstas han reflejado solo una imagen tradicional de la identidad y roles femeninos. En tales casos, las imágenes maternas introyectadas durante la infancia pueden estar en contradicción con el cambio de situación de la condición femenina, por minoritaria y parcial que ésta sea. En tales casos, si quieren adquirir una identidad no tradicional, la fuerte identificación materna debe ser contrarrestada en la adolescencia con otras fuentes de identificación, igualmente potentes: "requerirían poderosas identificaciones derivadas de su entorno habitual de cara a resolver la fuerte lucha entre valores tradicionales y no tradicionales..." (Morgan y Farber 1982, pág. 207).

Por ello, como destacan diversas autoras, muchas jóvenes toman como modelo a otras mujeres cuyas vidas les resultan más atractivas o con mayor consideración social. Estas "contra-madres", como las define Rich, con las que las jóvenes pueden mantener diferentes tipos de relación, presentarían un tipo de vida diversa al de la tradicional ama de casa (profesoras, profesionales, intelectuales...).

Se señala también que mientras las mujeres tradicionales son confirmadas por sus padres, los hombres y, en general, los valores aún mayoritariamente presentes en nuestra sociedad, las mujeres no tradicionales carecen de estas vías de validación porque están intentando adoptar nuevos modelos. En tales casos se resalta que la influencia de la amistad entre mujeres puede ser primordial en aquellas que rechazan los valores y normas parentales, pues diversas investigaciones han patentado que tales vínculos son muy intensos emocionalmente y sirven de apoyo y nutrición alternativa. Las identificaciones, experiencias y validación necesarias para adoptar una identidad no tradicional deben a menudo derivar de la amistad con mujeres que están en situación semejante a la propia.

Curiosamente, es coincidente este análisis con las tácticas llevadas a cabo por los movimientos de liberación femenina que, al menos inicialmente, insistían en una "nueva" comunicación y vinculación entre mujeres para poder conformar también una nueva identidad de mujer.

Sin embargo, es preciso señalar que no solo son las actuales necesidades de identificación y validación las que las mujeres estarían tratando de suplir, sino que, a juzgar por cuanto puede observarse en los grupos terapéuticos, sus demandas parecen con frecuencia remitir a carencias muy anteriores y a una endémica ausencia de aceptación de sus deseos. Parecería, en efecto, hallarse en las mujeres, un recóndito deseo del deseo materno, entendido en términos de valoración y respeto por su autodeterminación como ser diferenciado.



En este sentido, puntualiza Paparatti Flamani (1979, pág. 127), reinterpretando la teoría freudiana, que cuando las pacientes manifiestan el deseo de “leche” y “pene” “...quieren, en cambio, decir «amor» y «poder» porque es efectivamente de amor (aceptación, respeto, ternura, sensualidad) y de poder (sentimiento de contar, afirmación del yo, expansión vital) de lo que la madre ha privado a la hija”.

En relación a estas cuestiones, muchos estudios analizaban algunas variables en la relación madre-hija respecto a la adquisición/transmisión de modelos de feminidad o masculinidad. Se señalaba, por ejemplo que, independientemente de las actitudes más modernas o más tradicionales de las madres, los patrones familiares de estratificación sexual y, de modo especial, el nivel educativo de la madre, son factores determinantes en la transmisión del modelo materno. La mayor comunicación entre madres más informadas y sus hijas podría facilitar la transmisión de las actitudes maternas. También una mayor confianza y comunicación madre-hija es hallada en aquellas familias que carecen de figura paterna, aunque ello no implicase una mayor disponibilidad para asumir el rol femenino por parte de la hija. A su vez, la calidez materna y la percepción de su satisfacción generaba en la hija sentimientos positivos en torno a la feminidad e incluso una mayor autoestima e instrumentalidad, que son, en cambio, características halladas más frecuentemente en los varones².

Así pues, una positiva relación con la madre facilita la “actividad” de la hija, sus comportamientos autoafirmativos... Esta apreciación es interesante de cara a analizar los componentes inconscientes que motivan la llamada pasividad femenina y también lo que se ha denominado el “miedo al éxito”.

Otras autoras destacan que la emulación del modelo materno de feminidad está condicionado por la percepción que se tenga de la satisfacción de la madre con su papel, de si se vive a ésta como una mujer fracasada e infeliz; en definitiva, de si el modelo merece o no ser copiado. Cuando es vivida en modo negativo, porque es una mujer encerrada en casa, insatisfecha... la madre puede convertirse en un contra-modelo y la hija desear entonces convertirse en su opuesto, es decir, proyectarse con una fuerte orientación hacia el mundo laboral extrafamiliar. O bien, una madre rechazante, fría, demandante... y un padre que, en cambio, es cálido y aceptador, inciden en el desarrollo de características masculinas en la hija.

Esta necesidad de la joven de oponerse al modelo materno puede derivar en una identificación más amplia con modelos y valores masculinos. En este sentido, Del Miglio & Nenci (1982), utilizando el test de Machover, han revelado que las adolescentes muestran una gran tendencia a la adquisición de comportamientos masculinos, lo que ellas interpretan como indicio de una aspiración a roles sociales más activos y autónomos que los que han caracterizado tradicionalmente la vida femenina.

Ello guarda estrecha relación asimismo con la percepción/valoración en nuestra sociedad del ser hombre o mujer, y de lo considerado masculino o femenino.

En efecto, investigaciones recientes señaladas por Debold y otras (1993), en que se estudiaba la percepción de los/las estudiantes sobre lo que significaba ser mujer o ser hombre, delatan que, a pesar de los cambios habidos, estos no son lo suficientemente profundos y radicales como para haber transformado totalmente la vida de ambos sexos, pues la mitad de las chicas encontraban interesante o excitante pensar en una vida de chico y veían muchas más ventajas en ser varón, mientras solo un 7% de los varones vio algún beneficio en ser una chica. En relación a la autoestima, otras investigaciones señaladas por las mismas autoras, destacan el hecho de que la autovaloración de las jóvenes desciende

² Maltas (1975); Smith & Self (1980); Litton Fox & Inazu 1982.



notablemente durante la adolescencia respecto a la de los varones, produciéndose, además, muchos más problemas de salud físico-psíquica, de los que quizás la anorexia sea el más significativo.

Como puede observarse, persiste, por parte de ambos sexos, una mayor valoración de lo masculino, lo que se corresponde asimismo con la persistencia de los privilegios sociales de los varones. Ello incide, como es obvio, en la propia imagen de ambos y, sobre todo, redundando en un mayor conflicto de las chicas, que deben asumir roles y características devaluadas para ser consideradas femeninas, aunque ello les suponga una disminución de la autoestima.

En efecto, diversas investigaciones apuntan en el mismo sentido: al llegar a la adolescencia, desciende el nivel de aspiraciones y aumenta el estereotipo de rol sexual porque las jóvenes asocian el ser competentes con el ser masculinas. Y, aunque las cualidades más tradicionalmente masculinas de instrumentalidad y potencia contribuyen a los sentimientos de autoestima, las chicas sienten ambivalencia a adoptar características que son valoradas como no apropiadas al rol femenino, sin bien, muchas opten por actitudes “masculinas” justamente para escapar a la devaluación que supone el estereotipo femenino, o porque les resultan más atractivas y gratificantes las actitudes y actividades masculinas.

En todos los casos, el desarrollo de características consideradas habitualmente como masculinas aumenta el nivel de autoestima y genera una mayor estabilidad y eficacia personal; al contrario de cuanto sucede con las características femeninas pues, como señalaba Baruch (1976, pág. 39)), en consonancia con lo señalado anteriormente, “hay evidencia de que la tradicional feminidad está negativamente asociada con la autoestima”.

En todo ello influyen también varios factores, tal como se constató en diversas investigaciones. Algunos autores señalan que el hecho de que las madres trabajen fuera de la casa incide en una mayor masculinidad de la hija, en una ideología más liberal de ésta en cuanto al rol sexual y en sus proyectos de realizar estudios superiores o trabajar. La autopercepción y las ambiciones de las jóvenes parecen guardar una estrecha relación con la posición de sus madres y las características del vínculo emocional con éstas. Por otra parte, se afirma que las jóvenes que tienen ambiciones están más seguras del afecto de sus madres que las chicas inhibidas. Y las jóvenes que poseen una autopercepción de ser competentes normalmente han recibido el apoyo y el ejemplo de sus madres, quienes se consideraban a sí mismas de igual modo y valoraban características como la asertividad, la independencia personal..., de lo que se desprendía que si la madre valora mucho este tipo de rasgos es factible para la hija integrarlos sin ansiedad. Como afirma Argentieri (1992):

“Lo que permite a una hija crecer no es el «sacrificio» de la madre, sino su capacidad de existir también por su cuenta, de no tener permanentemente necesidad de ejercitar la función materna para sentirse confirmada en la propia identidad. Es más, sabemos que justamente son las madres «demasiado buenas» quienes hacen prevalecer sus necesidades de perfeccionismo a costa de las auténticas necesidades de sus hijos” (pág. 168).

Este tipo de asertos parece confirmado por la observación de que las madres de mujeres políticas preeminentes eran especialmente competentes e independientes dentro y fuera de la casa y, además, recibían todo tipo de estímulos y apoyos por parte del marido para realizar actividades. Abundando en este aspecto, se comprobó igualmente que la percepción de la actitud positiva del padre respecto al trabajo de su mujer es un factor muy importante para que la hija dé valor a la vida laboral aún después de casarse, aunque también ha de tenerse en cuenta el tipo de trabajo que la madre desempeñaba y su actitud ante él.



Inciendo en esta temática, algunos autores (Miller 1975; Notman & Nadelson 1982) señalan que las hijas de madres trabajadoras desean más ser como sus madres que las hijas de madres que no trabajan. En este último caso, las hijas vivirían una mayor estratificación familiar -un menor poder materno- pues las decisiones importantes son tomadas por el padre mucho más frecuentemente que cuando ambos trabajan. En contraposición a este aserto, otros trabajos apuntan a que lo importante para imitar el modelo materno no es el hecho de que la madre trabaje o no, sino si la hija se vivió feliz o infeliz y si la madre se mostraba como una mujer satisfecha.

También se remarca que las hijas de madres trabajadoras suelen ser más agresivas y menos pasivas y tranquilas que las otras. Tal hecho es interpretado en función de que las madres trabajadoras presentan un modelo más agresivo y menos pasivo o bien a que sus hijas pueden permitirse más la expresión de sentimientos de ese tipo.

Quizás sea preciso incidir en la importancia de esta observación, pues podría establecerse la hipótesis de que si la madre realiza otras actividades al margen de la maternidad y posee, en consecuencia, gratificaciones de otro tipo, es más posible que pueda permitir las actitudes autoafirmativas de la hija, cuya dependencia y vinculación podrían serle en ese caso menos necesarias.

Si, como también ha podido analizarse, las madres trabajadoras suelen inmiscuirse menos en la trayectoria de sus hijas, es previsible que sea más posible para éstas el desarrollo de una mayor autonomía. Y permaneciendo, entonces, más separadas de su madre y con menor dependencia exclusiva de ella, la expresión de la agresividad no generaría tan profundos temores en las hijas, pues, además, los sentimientos hostiles pueden estar diversificados hacia los otros agentes socializadores.

En relación a la pasividad, se podría plantear la hipótesis de que una madre sin otra función que su papel doméstico y materno, hipertrofia su actividad en relación a los hijos, incrementando la dependencia y pasividad de éstos. Además, la ausencia de actitudes autoafirmativas y la búsqueda de ayuda pueden ostentarse por parte de la hija si percibe que ello gratifica a su madre. En cambio, una madre "ocupada" genera en los hijos una mayor necesidad de autonomía, pues no puede recurrirse a ella constantemente.

Por ello, el tipo de actividades y la actitud materna se revelan como factores fundamentales para que la hija pueda adquirir características y desempeñar roles tradicionalmente considerados no femeninos, si bien también la actitud del padre y el cambio de los valores sociales son de gran importancia.

De este modo, puede observarse la relación entre una determinada estructura familiar y los conflictos psíquicos más importantes en las mujeres.

La expresión de la agresividad hacia la madre (sustrato de la expresión de la agresividad/autoafirmación en el futuro) es probablemente más inhibida en aquellas hijas que temen un gran peligro para sí mismas si expresan abiertamente sus deseos hostiles o autoafirmativos. Y ello tendría que ver no solo con la presencia exclusiva, totalizadora, de la madre, y, por tanto, con los temores de (auto)destrucción que podrían derivarse de una rebelión frente a ésta, sino con la percepción por parte de la hija de las necesidades de su madre con respecto a ella.

Un interesante estudio referido por Gottsegen & Grasso (1973), destaca algunas de las características que se hallan más frecuentemente en algunos tipos de vínculos madre-hijas, constatables a menudo en la clínica y, en concreto, en algunas patologías muy frecuentes en las adolescentes actuales (la anorexia, por ejemplo). A raíz de un trabajo terapéutico que se llevaba a cabo en grupos conjuntos de madres e hijas adolescentes, señalaban que las madres utilizaban a sus hijas para esconder sus propios conflictos y



temores (de tipo sexual y fóbico, de inseguridad, de miedo a la soledad...) y que las hijas enfermaban de modo tal que las madres podían mantener ocultos tales conflictos.

Estos autores observaron que las madres se mostraban muy poderosas dentro de la familia para compensar sus sentimientos de debilidad cuando estaban fuera de casa, expropiando a las hijas de cualquier posibilidad de autonomía. De este modo, éstas acababan presentando los mismos problemas que las madres no habían resuelto en sí mismas: dependencia, timidez, sexualidad, relación con los hombres..., pero su existencia devenía instrumental a las madres, pues evitaba que éstas tuvieran que enfrentarse a sus propios conflictos.

De modo inconsciente las hijas se responsabilizaban de ocultar la angustia materna, porque percibían que, si ellas se hubieran rebelado ante las necesidades simbióticas, de control, de poder y posesión de las madres, estas habrían entrado en crisis.

Situaciones especialmente difíciles se producen en aquellas relaciones en que las madres no solo no han modificado el rol tradicional, sino que tampoco desean que sus hijas lo hagan, al menos en algunos de sus aspectos (asunción del trabajo doméstico, rechazo de determinadas actitudes y valores en torno a la "feminidad"). O bien les adjudican la función de cuidadoras, compañía, apoyo... para sí mismas. Las relaciones pueden ser muy conflictivas cuando las hijas son sujetas a un estricto control y/o soportan la pretensión materna de adecuarlas a su modelo de feminidad. El deseo de autonomía, de opciones de vida diversas y de libertad de movimientos, pueden pagarse con "arrebatos de ira y quejas", por parte de la madre, y con mentiras por parte de las hijas³.

En la adolescencia se librarían las más duras batallas para la separación de la madre, en las que se dan alternancia las necesidades de dependencia y las de autonomía. Muchas hijas se encuentran angustiadas ante la doble y simultánea percepción materna: objeto y fuente de amor, e imagen que se rechaza o de la que se desea huir.

Muchas jóvenes, atrapadas en una previa y estrecha vinculación con la madre, intentan separarse de ésta por medio de una oposición frontal a ella y/o al modelo de feminidad por ella representado. La violenta agresividad se convierte en el instrumento privilegiado para marcar las distancias, si bien es un recurso que deja transparentar la angustia que subyace a ella:

"Cada hija que agrade, cada mujer que grita «históricamente», declara con desesperación el miedo a ser devorada y al mismo tiempo abandonada: declara el terror por la propia debilidad, la incapacidad para la autonomía" (Grasso 1979, pág. 176).

Y, añade esta autora, si solo con el odio la hija logra liberarse del vínculo, "le será imposible pensar en la mujer que hay en la madre", por lo que queda excluida cualquier posibilidad de encuentro, de complicidad, de solidaridad, de mediación, de reconciliación...

Y, por otra parte, la expresión del odio no liberaría a la hija de la dependencia, pues precisaría siempre del objeto para odiarlo, para oponerse a él. Y aún cuando llevara a cabo una separación violenta de la madre y encontrara objetos sustitutos contra quienes descargar su rabia (el hombre...), mantendría internamente una sensación de vacío, de carencia, como una herida no cicatrizable.

La necesidad de oponerse a la madre la deja esclava de ella y de su deseo. Ello puede significar el llevar a cabo elecciones autodestructivas y la alienación de todo deseo propio. Incluso ese deseo de ser distinta a la madre puede convertirse para ella en una

³ Voltolini 1978; Schnabl 1978.



tiranía mortífera cuando, a su vez, deviene madre, por su afán en ser la imposible (la culpabilizada...) Madre perfecta. Pues...

“Matando a la madre, relegándola fuera de sí en un modo violento, en una separación impuesta, no madurada, la hija se mata también a sí misma... Renegando de la madre, la hija reniega también de la mujer que hay en la madre, y por tanto también de la mujer que hay en sí misma, las otras mujeres, la feminidad posible” (Grasso 1979, pág. 178).

La envidia hacia el varón, el deseo de serlo, tienen que ver frecuentemente con este odio exacerbado hacia la madre. En tantos casos, tal como han confesado muchas mujeres, las hijas han percibido claramente la preferencia materna por los hijos varones y por el padre, a quienes se les concedían todos los privilegios.

La rebelión de algunas adolescentes a la realización de los trabajos domésticos está muy relacionada con esta problemática, pues habitualmente solo a ellas se les exige colaboración, mientras se exime a los varones de toda responsabilidad. El hecho de que el trabajo doméstico sea considerado un trabajo femenino lo hace objeto de una mayor desvalorización aún. Tantos aspectos y tantos valores permanecen todavía sin transformar, por lo que las contradicciones siguen viviéndose a nivel individual, en cada mujer, en cada madre, y, por tanto, en tantas hijas de este final de milenio.

En la actualidad la mayoría de las madres desean generalmente un mundo mejor para sus hijas, “con menos sufrimiento y más alegría”. Ello es lo que expresan las mujeres entrevistadas en una investigación realizada en 1992 en relación a esta problemática, de la que se concluía... “Las mujeres ansían para sus hijas un mundo y un tipo de relación distintos a los que ellas, y en muchos casos sus propias madres, han vivido. Generación tras generación, muchas mujeres se han prometido a sí mismas que educarían a sus niñas de otra forma, para darse cuenta al final de que sus hijas crecen empeñadas exactamente en el mismo intento” (Debold y otras 1993, pág. 32).

La gama de variedad de actitudes maternas es muy amplia. Algunas mujeres esperan que sus hijas realicen muchas de las cosas que a ellas no les fue permitido y proyectan en éstas sus expectativas frustradas y sus sueños irrealizados. Esperan, de algún modo, “rescatar” sus aspiraciones a través de sus hijas. Para éstas puede significar el apoyo incondicional materno o una exigencia suya a la que no pueden sustraerse, sin el temor y/o la culpa por decepcionarla.

Muchas madres pueden desear que sus hijas vivan una vida diversa a la propia e incluso las estimulan para ello, sin embargo, a menudo siguen tratando de inculcarles el comportamiento adecuado para una mujer y no toleran decisiones o actitudes de la hija que no encajen con sus normas morales. Desean que sus hijas estudien y trabajen, es decir, que no estén abocadas a ser solo amas de casa, como ellas han sido, pero censuran abierta o sutilmente las ansias de libertad (en relación a la sexualidad, sobre todo), la búsqueda de paridad en todos los ámbitos (especialmente en la repartición de tareas domésticas y materno/paternas) o incluso la adopción de actitudes asertivas (ambiciones de “poder”) por parte de las hijas.

Pero, en aquellas madres cuya vida ha sido especialmente insatisfactoria, que han compensado sus carencias con vínculos muy estrechos con sus hijas y se sienten carentes de recursos alternativos, la separación de ésta de ella y de su modelo de vida puede significar una profunda crisis. Las elecciones diversas por parte de las hijas suponen cuestionar el modelo de mujer que la madre ha representado y evidencian, por tanto, que su vida podría haber sido diferente y habría carecido de sentido. Puede significar el romper la precaria estabilidad que le ha procurado su rol materno que, si bien le ha obligado a muchas



renuncias, la ha provisto, no obstante, de una identidad, seguridad, reconocimiento social, gratificaciones emocionales...

Pues, como señala Grasso (1979, pág. 145): "...mientras exista por parte de la madre una identificación tan estrecha con la hija, cualquier intento de separación que la hija haga representa una ruptura en la identificación. Y la ruptura de la identificación no es soportable por quien, como la madre, carece de identidad..."

Para las hijas, por su parte, en tales situaciones, la separación y diferenciación de la madre deviene muy difícil. Sea por la conciencia de la crisis que su distanciamiento puede provocar en la madre, sea por la propia ansiedad ante la separación, que revitaliza antiguas angustias: hostilidades, rivalidades, abandonos (recíprocos); para muchas hijas que no habían conseguido una primera autonomía en los primeros años de la vida y que, posteriormente, continuaron haciendo de espejo a las necesidades identificativas, proyectivas y emocionales de su madre, la separación de ella y de su modelo es motivo de intensa angustia.

Hacer algo diverso a la madre, separarse de ella, por una parte, puede entrañar para la hija el temor a perder su amor. Y, por otra, genera sentimientos de angustia y de culpa por lo que se vive como una traición hacia ella. Tal fantasía de traición se apodera de las hijas cuando rompen con las expectativas maternas de encontrar continuidad a través de ellas: "Privaciones de la madre que generaron en las hijas ese sentimiento de deuda permanente, y una visión especial del vínculo con ella: vínculo vivido como un pacto de fidelidad eterna" (Lombardi 1988, pág.39)

En los casos en los que la madre ha realizado el rol tradicional y se halla muy apegada a sus hijos/as, parecería, que es muy difícil, en la relación madre-hija, advertir que la diferencia no tiene que significar necesariamente, ruptura ni abandono.

La carencia de una identidad como mujer por parte de la madre, conlleva, por parte de la hija, un enorme conflicto en la búsqueda de nuevos modelos y nuevas identidades que no estén circunscritas a la maternidad.

Ello remite, naturalmente, a esa identificación cultural entre mujer y madre y, en términos psicoanalíticos, a la ausencia de un significante que nombre a la mujer, a que la mujer, las mujeres, carezcan de símbolos propios que las representen. La similitud entre unas y otras (entre madres e hijas) ha provisto de seguridad y ha paliado en parte la sensación de vacío: la frágil identidad como mujer le lleva a necesitar de la similitud con las otras -la Otra- para la autoconfirmación.

El vacío con frecuencia también se ha "llenado" con la reversibilidad de los roles: hijas que se ven obligadas a hacer de madres de sus propias madres. Madres "huérfanas", carenciadas, que demandan de sus hijas, casi siempre las hijas mayores, una función nutricia: "Muy a menudo tenía lugar, sea en la primerísima infancia como en los años sucesivos, una extraña demanda por parte de la madre, semejante a una inversión del rol, en la cual se pedía a la hija que fuera a la vez madre" (Di Nola 1978, pág. 74).

Arcana apunta que tales madres son mujeres incompetentes, por diversas causas: alcoholismo, inmadurez, enfermedades físicas o mentales prolongadas, numerosos embarazos... Puede observarse en la clínica⁴ que habitualmente estas hijas, no solo hacen de madre de sus madres, sino también del padre y de los hermanos pequeños, cumpliendo, así desde pequeñas, con un rol de adultas. Estas mujeres tienen una gran dificultad para expresar sentimientos agresivos en relación a sus madres y muchas solamente pueden

⁴ Fiel reflejo de esta situación son algunas historias clínicas de mi tesis doctoral "La relación madre-hija: identidad y salud mental femenina". Universidad Complutense de Madrid, 1990.



tomar conciencia de su angustia pasada cuando ellas mismas devienen madres. En algunas de ellas emerge un sentimiento de incapacidad, una ansiedad o un agotamiento desmesurado, que posteriormente interpretan como efecto de la rabia silenciada y del cansancio por haber estado siempre cargadas de responsabilidad.

Ciertamente, también la hija recaba gratificaciones por sustituir a la madre, sea en relación al padre, sea en el poder que adquiere sobre todos los miembros de la familia. La madre es, en estos casos, una rival derrotada, pero la hija debe pagar su victoria con una gran sobrecarga y con la imposibilidad de hacer demandas ella misma. Su omnipotencia (su obligación de dar desmesuradamente) se tradujo en una incapacidad para recibir, para el placer, para las gratificaciones, pues estas mujeres viven dominadas por un enorme sentido del deber y no se permiten nunca concesiones ni abandonarse.

Lombardi (1988) alude a esta cuestión señalando los sentimientos de culpa concomitantes a la fantasía destructiva de la hija y las consecuencias que se derivan de ello en la propia identidad, al percibir efectivamente a sus madres como “dañadas”, “castradas”:

“La confirmación de la omnipotencia destructiva puede llevar a la hija a una inhibición del pedir. Hay que dar siempre en vez de pedir: si se pide para una misma, el fantasma de la maldad y el egoísmo se enseñorean de nuestra persona. Estos fantasmas pueden sustentar toda una teoría e ideología altruista de vida que, en el fondo, esconde una enorme dificultad para la gratificación” (pág. 46).

En los casos menos graves, las madres pueden cumplir sus funciones en algunos aspectos, pero demandan de las hijas la satisfacción de necesidades no cubiertas por la pareja, tal como apunta Slaughter (1989) en relación a las hijas que se convierten en sustitutas de los maridos. Pero, a pesar de hacer de madre de sus madres, las hijas pueden, sin embargo, conceder gran importancia a los juicios y valoraciones maternos en torno a ellas (Ravasi Bellocchio 1987), pues persiste siempre la necesidad de ser aceptadas por la madre.

A veces las hijas rechazan satisfacer total o parcialmente este tipo de demandas de las madres, pero se sienten culpables por ello. Algunas se sienten muy cercanas afectivamente a las madres y acceden a atenderlas y apoyarlas porque dan un significado social e histórico a sus frustraciones y relacionan su vida con la condición general de opresión femenina. Como afirma Pancino (1979, pág. 39), en estos casos, “la vida y la experiencia de la madre puede ser comprendida, y al mismo tiempo historizada”.

Esta situación, tan frecuente en una u otra época de la vida de la madre, tiene enormes costes psíquicos para las hijas, pues la inversión de roles implica una continuación de la dependencia entre madres e hijas: “La adopción de comportamientos protectores por parte de las hijas en relación a las madres no les permite romper los roles, sino redistribuirlos en sentido inverso: la madre-hija y la hija-madre no salen de la lógica de la dependencia y el maternaje, la modifican solo en parte” (Grasso 1979, pág. 182).

Múltiples componentes se hallan, pues, presentes, en este tipo de relación madre-hija. Desde las demandas maternas, en las que se manifiesta su debilidad y sus insatisfacciones emocionales primitivas y/o actuales, a las necesidades de la hija de sentirse superior a ella y/o la culpabilidad ante la situación de opresión materna que hace que en la hija surja la solidaridad, la cercanía permanente, ante un destino que se percibe como común a ambas.

Es preciso señalar, sin embargo, que este maternaje reversible, recíproco, que madres e hijas esperan unas de las otras, guarda relación, no solo con las carencias y/o excesos maternos en la primerísima infancia, sino también con el hecho de que las mujeres están obligadas socialmente a asumir el maternaje de los hombres (y de los niños,



ancianos, enfermos...) pero no reciben habitualmente de ellos las mismas atenciones y cuidados que también precisan y de los que a menudo sienten nostalgia.

La necesidad de la cercanía, de la disponibilidad, acaba, con frecuencia, siendo solo procurada a través de este estrecho vínculo entre madre e hija y/o entre mujeres. En este sentido, no solo las hijas suplen las carencias de la madre en su vida de pareja, sino que, cuando las madres enviudan reciben mucho más apoyo emocional de sus hijas que de sus hijos varones. Y a la inversa, cuando las hijas llegan a ser madres, también mencionan el soporte de éstas o de otras mujeres como más importante que el del marido⁵.

Se destaca también la paradoja de que, mientras las mujeres demandantes hacia sus hijas frecuentemente no las hallan dispuestas a satisfacer sus demandas, las hijas disponibles se encuentran con el rechazo de sus madres a ser cuidadas. Se explica esta disparidad por el hecho de que las madres demandantes, no solo no han satisfecho las necesidades de maternaje de sus hijas, sino que abrigan expectativas de nutrición por parte de ellas, quienes, en cambio, se hallan resentidas por las carencias de que fueron víctimas.

Es importante señalar que la vivencia de las demandas maternas hace que las hijas adquieran una imagen de lo femenino de vulnerabilidad y debilidad (Lombardi 1988). Sin embargo, la percepción de la fragilidad materna puede permitir a la hija concienciar la común condición de oprimidas, aunque con la consecuencia de que "la solidaridad actúa como freno para la separación" (Grasso 1979, pág. 184).

Por otra parte, esa especial sensibilidad para captar y hacerse cargo de la fragilidad materna (humana, en general) configura probablemente el especial sentido ético y del propio yo a que alude la interesante teoría de Guilligan (1977, 1987), que ha dado lugar a intensas polémicas (Walsh 1987). Guilligan afirma en sustancia que la psicología de las mujeres está basada en el apego y en un "estar en relación", a diferencia de la de los hombres que está basada en la individuación, la separación, la independencia y la asertividad. Estas últimas características constituirían el estándar del desarrollo masculino, mientras las mujeres se juzgarían a sí mismas y serían juzgadas por su compromiso en el cuidado y la disponibilidad hacia los otros.

La especificidad del vínculo madre-hija, por una parte, y los valores en torno a la masculinidad y feminidad, por otra, circunscriben ese aspecto de la identidad de las mujeres que, si es hipertrofiado o ideologizado, suponen para hombres y mujeres una identidad coercitiva y restrictiva, en tanto se distribuyen las normas, los valores, las opciones... en función del género de pertenencia y no de los deseos individuales de cada una/o. Ambos aspectos, la capacidad de diferenciación y asertividad, por una parte, la sensibilidad y disponibilidad hacia los otros, por otra, deberían poseer una valoración social semejante, de modo que fueran asumidos más equitativamente por parte de hombres y mujeres, generándose un desarrollo más libre de roles e identidades individuales.

Hasta ahora, las necesidades de dependencia, común a todos los humanos, están siendo solo cubiertas por el esfuerzo y la dedicación de las mujeres, abocadas a satisfacer tales demandas de los hombres a través del maternaje socialmente impuesto. En virtud de esa necesaria función, el modelo de mujer-madre ha devenido norma ética femenina por excelencia y ha sido interiorizado a través de un Ideal del yo maternal, que obtiene un sólido anclaje inconsciente precisamente a través de la identificación de la hija con la madre.

Por otra parte, las necesidades de dependencia, que los hombres pueden ocultar(se) gracias a esa tarea "invisible de las mujeres", éstas deben satisfacerla solo a través de ellas mismas, de los vínculos entre ellas, cuyo prototipo (modelo original, podríamos decir) es el

⁵ Barret 1979; Brannen 1989.



de la relación madre-hija. La dependencia recíproca en la relación madre-hija suele resultar así imprescindible para la supervivencia de ambas, enmarcando las enormes ambivalencias y dificultades que caracterizan esta relación.

En efecto, como afirma Slaughter (1989): “Hay lazos subliminales de dependencia, responsabilidad, necesidad de reconocimiento, deseo de alabanza, un sentido de pertenencia en la relación entre madre e hija” (pág. 16).

Y por ello, a menudo, tampoco la hija tolera que la madre rompa con el estereotipo del rol materno llevando a cabo su propia autorrealización como mujer. En tales casos, la hija querría mantener la disponibilidad absoluta de la madre, la prolongación de su papel de cuidadora, incluso cuando ya es adulta. En ese sentido señalaba también Arcana (1979): “Lo que las hijas esperan de sus madres es un total compromiso, incluso si somos ya madres, y, por tanto, deberíamos saber mejor que es absurdamente inhumano” (pág. 14).

Ese sentido de pertenencia, a que se refería Slaughter, marca la relación madre-hija, abarcando, en muchos casos, los más recónditos espacios. En relación a este tema, Grasso (1979) aludía a aquellas hijas que afirmaban que “no tenían secretos” para con sus madres y que éstas eran sus principales confidentes, lo que significaba que la madre continuaba manteniendo sutilmente el control sobre la vida de su hija y reforzaba la dependencia de ésta hacia ella.

Las confidencias en torno a la sexualidad tienen, sobre todo, un doble cariz ya que las actitudes (la sexualidad, los temores...) de la madre tienen una importancia fundamental.

En efecto, la vivencia de los cambios corporales y del despertar de la sexualidad, que se revelan de modo explosivo en la adolescencia, van a estar, muy mediatizados también por la relación con la madre, por los valores y las experiencias de ésta, por el modo en que se percibe la relación parental...

De todas esas cuestiones se trata a continuación.